

— ¡ Á fe de caballero ! exclamó el duque de Orleans, esto es altamente deshonoroso para mi linaje ; las damas van á quedarse dormidas.

— Esperémos, repuso Dubois ; acaso si ellas se duermen, él se animará.

— ¡ Imbécil ! exclamó el regente ; si hubiera sido capaz, ya nada tendríamos que hablar ; ¿ no has visto las miradas que ella le ha lanzado, miradas suficientes para resucitar á un muerto ? ... Oye, mirala recostada lánguidamente en su sitial ; ¿ no es cierto que está hechicera ?

— Atended, dijo Luis ; voy á consultar con vos sobre el particular : san Jerónimo sienta como principio que la gracia no es realmente eficaz sino cuando procede de un verdadero arrepentimiento.

— ¡ El diablo cargue con vos ! exclamó el señor de M<sup>\*\*\*</sup> ; si hubieseis bebido, diría que teniais mal vino.

— Permitidme, caballero, replicó el joven príncipe, que yo os haga también observar á mi vez, que ahora sois vos el descortés, y os contestaría en el mismo tono si no fuera pecado el prestar oídos á las injurias ; mas, á Dios gracias, soy mejor cristiano que vos.

— Cuando á uno le invitan á una cena, repuso el caballero, no trata de ser buen cristiano, sino buen convidado. ¡ Peste con vuestra compañía ! preferiría al mismo san Agustín, aun después de su conversión.

El joven duque tocó una campanilla, y á los pocos instantes se presentó un lacayo.

— Acompañad y alumbrad hasta la puerta á este hidalgo, dijo Luis con majestuoso acento ; yo saldré dentro de un cuarto de hora. ¿ Caballero, tenéis aquí vuestro carruaje ?

— No, en verdad.

— En ese caso, disponed del mío, añadió el joven ; tengo el mayor sentimiento en no poder cultivar vuestra amistad ; pero, ya os lo he dicho, nuestros gustos difieren mucho entre sí ; además estoy dispuesto á volverme en seguida á mi provincia.

— ¡ Por vida mía ! exclamó Dubois ; sería una cosa muy divertida que él despidiese á su convidado, para quedarse solo con las dos damas.

— Indudablemente, sería muy divertido, repitió el regente ; pero no tengas cuidado que suceda.

En efecto, mientras que el duque y Dubois continuaban hablando, el caballero de M<sup>\*\*\*</sup> se retiró ; por lo tanto, habiendo Luis de Orleans quedado solo con las dos damas, que realmente se durmieron, sacó de su bolsillo un lapicero y un gran rollo de papeles, los desdobló, poniéndose por último á hacer anotaciones en el margen con un ardor del todo teológico, en medio de los platos todavía humeantes y de las botellas medio vacías.

— Si el príncipe, dijo el regente, perteneciese á la rama primogénita, sería para mi la mayor des-

gracia. ¡ Que se diga ahora que yo educo á mis hijos con la esperanza de que llegen un día á sentarse en el trono !

— Monseñor, dijo Dubois, os aseguro que me he puesto malo.

— ¡ Ah ! Dubois, ¡ mi hija menor jansenista, la mayor filósofa, y mi hijo teólogo ! Vamos, es cosa para desesperarse. Dubois, te juro á fe de caballero, que si no tratara de contenerme, mandaría quemar á todos esos seres malignos.

— Cuidado, monseñor; si los mandaseis quemar, se diría que sois una continuación del gran rey y de la Maintenón.

— ¡ Que vivan pues ! pero, ¿ no comprendes lo que quiero decir ? Ese imbécil que escribe ya libros en folio, camina hacia la locura á pasos agigantados; verás como después de mi muerte hará quemar por mano del verdugo mis cuadros de Daphnis y de Chloé.

Luis de Orleáns siguió poniendo sus apuntes por espacio de diez minutos, poco más ó menos, y después que hubo concluido, guardó cuidadosamente el manuserito en su bolsillo, llenó un gran vaso de agua, mojó en ella una corteza de pan, recitó una corta oración y soboreó con cierto placer aquella parca cena de anacoreta.

— ¡ Penitencias ! murmuró el regente fuera de sí; pero Dubois, dime, ¿ quién diablos le ha enseñado todo esto ?

— Monseñor, contestó Dubois, puedo juraros que no he sido yo.

El príncipe se levantó y tocó de nuevo la campanilla.

— ¿ Ha vuelto mi carruaje ? preguntó al lacayo que entró.

— Sí, monseñor.

— Está bien, me marchó; respecto á estas damas que duermen, os pondréis á sus órdenes cuando despierten.

El lacayo hizo un profundo saludo, y el príncipe salió ostentando el continente de un arzobispo cuando echa bendiciones.

— ¡ Maldito seas ! pues me has obligado á presenciarse semejante espectáculo, dijo desesperado el regente.

— ¡ Sois un padre dichoso, tres veces dichoso, monseñor ! vuestros hijos van á hacerse canonizar por instinto ; ¡ parece increíble que haya todavía quien calumnie á esa santa familia ! ¡ Por mi capelo de cardenal, quisiera que los príncipes legitimados estuvieran aquí !

— ¡ Pues bien ! dijo el regente, yo les demostraría el modo con que un padre repara las faltas de su hijo... Ven, Dubois.

— Monseñor, no os comprendo.

— Dubois, voy creyendo que el contagio también se ha apoderado de ti.

— ¿ De mí ?

— Si, de ti... Allí hay dispuesta una opípara cena... unos vinos exquisitos que parecen decir: bebednos..., además dos ninfas dormidas que están deseando despertar... ¿no me comprendes todavía! Dubois, tengo hambre; Dubois tengo sed; entre-mos y volvamos á tomar las cosas en donde ese estúpido las ha dejado. ¿Me entiendes ahora?

— Á fe mia, es una idea peregrina, respondió Dubois frotándose las manos; monseñor, sois el único hombre que os conserváis siempre á la altura de vuestra reputación.

Las dos damas continuaban durmiendo: Dubois y el regente abandonaron su escondrijo, y entraron en el comedor. El príncipe fué á sentarse en el lugar que ocupaba pocos momentos antes su hijo, y el abate el del caballero de M<sup>...</sup>.

El duque de Orleans se apoderó de un cuchillo, cortó el bramante de una botella de vino de Champagne, y el ruido que hizo el tapón al saltar despertó á las dormidas.

— ¡Ah! ¿conque por fin os decidís á beber?

— ¿Y tú á despertar? contestó el duque.

La voz del regente hirió el tímpano de la desventurada dama de tal modo, que sólo puede compararse al que produciría un sacudimiento eléctrico; se restregó los ojos como si no estuviese del todo segura de estar despierta, se incorporó á medias, y reconociendo al duque, se dejó caer sobre su sitio, pronunciando dos veces el nombre

de Julia. Esta se hallaba como fascinada por la mirada burlona y el ceño horriblemente feo de Dubois.

— Vamos, vamos, Souris, dijo el regente; veo que eres una buena muchacha, pues me has dado la preferencia; yo te invité á cenar por medio de Dubois, y á pesar de estar ocupada bajo todos conceptos, has aceptado, por lo cual te doy las gracias.

La compañera de la Souris, más azorada aún que ésta, miraba alternativamente á Dubois, al príncipe y á su amiga, sufriendo su rostro continuas alteraciones.

— Vamos, ¿qué tenéis, señorita Julia? preguntó Dubois; ¿monseñor se habrá equivocado quizás, y vendriais acaso por otros?

— Me parece que no he dicho semejante cosa, respondió apresuradamente Julia.

— La Souris prorrumpió en una estrepitosa carcajada, y dijo:

— Si es monseñor el que nos ha hecho venir, demasiado lo sabe; por consiguiente es ocioso el preguntar: si por el contrario no lo es, lo tengo por una indiscreción, y creo de mi deber el no contestar.

— ¡Magnífico! exclamó el duque riendo; ¿no te decía yo, abate, que esta muchacha tenía mucho talento?

— Y yo, monseñor, repuso Dubois escanciando á

las demas y tocando apenas con los labios un vaso de vino de Champagne, ¿no os aseguraba que el vino era excelente?

— Vamos á ver, Souris, dijo el regente, ¿será posible que no reconozcas este vino!

— Á fe mía, monseñor, replicó la bailarina, tocante al vino sucede lo que con los amantes.

— ¡Ya, ya! conozco que no puedes tener mucha memoria. ¡Souris, eres sin disputa la muchacha, no sólo más linda, sino también la más virtuosa que yo he conocido! ¡Oh! sobre todo tu corazón es incapaz de abrigar el menor átomo de hipocresía! añadió el regente lanzando un suspiro.

— Vaya, monseñor, replicó la Souris; puesto que tomáis las cosas por ese estilo...

— ¡Y bien! ¿qué?...

— Ahora voy á interrogaros á mi vez,

— Empieza y responderé.

— ¿Entendéis de sueños?

— En efecto, los advino.

— Entonces, ¿podréis explicarme el mio?

— Mejor que nadie, Souris. Además, si me quedase corto en la explicación, aquí está el abate que me pone en cuenta dos millones por año por ciertos gastos secretos que tienen por objeto el averiguar los sueños buenos y malos que hay en mi reino.

— ¿Y bien?

— Que si yo me quedo corto, el abate concluirá. Ahora, pues, di tu sueño.

— Monseñor, habéis, de saber que cansadas de esperar, Julia y yo nos hemos quedado dormidas.

— Sí, sí, ya lo sé, y también que estabais sumamente gozosas cuando hemos entrado.

— ¡Oh! monseñor, yo estaba durmiendo, y además soñaba.

— ¿Es eso cierto?

— Sí, monseñor; ignoro si Julia también soñaba ó no; pero yo creía ver lo siguiente.

— Escucha, Dubois; se me figura que esto ha de ser interesante.

— En el sitio que ocupa el señor abate, se hallaba un oficial de quien yo no hacía ningún caso, pues me parecía que se encontraba allí por Julia.

— ¿Oís, señorita? ¡Vaya una terrible acusación que os hacen! Julia, que no poseía tanta presencia de ánimo, y que en contraposición á la Souris, de cuyas excursiones amorosas comunmente participaba, por lo cual la llamaban el ratón, en lugar pues de contestar á la reconvención de Dubois, no hizo más que ponerse como la grana.

— ¿Y en mi lugar, quién estaba? preguntó el duque.

— ¡Ah! he aquí justamente donde quería venir á parar, repuso la Souris; en el sitio que ocupa ahora monseñor, se hallaba, por supuesto, tened

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

FEJAYO REYES

1625 MONTERREY, MEXICO

presente, monseñor, que esto era siempre en sueños...

— ¡ Por vida de la mujer ! exclamó el regente ; ya estamos ; acaba pronto.

— Se hallaba un bello joven de quince á diez y seis años, que se le hubiera podido tomar por una linda niña, á no ser que hablaba en latín.

— ¡ Ah, mi pobre Souris ! ¡ qué es lo que me cuentas !

— Finalmente, después de más de una hora de conversaciones teológicas, de disertaciones en extremo interesantes sobre san Jerónimo y san Agustín, y de cálculos sumamente luminosos acerca de Jansenio, os lo confieso con franqueza, monseñor, me pareció (no olvidéis que continuaba soñando); me pareció, repito, que me iba quedando dormida.

— ¿ De suerte que en este momento crees todavía estar bajo la influencia de un sueño ?

— Es cierto, y me parece tan complicado, que á fe mía, ansiosa de que me diesen de él alguna explicación, no pudiendo dármela yo misma, y juzgando inútil el pedírsela á Julia, me dirijo para obtenerla á vos, monseñor, que según decís sois un gran adivino.....

— Souris, replicó el duque, llenando de nuevo la copa á su vecina, prueba formalmente el vino; pues creo que has hecho una injuria á tu paladar.

— En efecto, monseñor, repuso la Souris des-

pués de haber apurado su copa; este vino me recuerda otro que no he bebido más que en....

— ¿ El Palacio Real ?

Justamente.

— Pues bien; si no has bebido de este vino más que en el Palacio Real, es una prueba de que no lo hay más que allí; ¿ no es cierto ? Además, tú eres bastante inteligente para hacer justicia á mi bodega.

— ¡ Oh ! de todo corazón, le rindo un tributo extraordinario.

— Entonces, si no hay vino como este más que en mi bodega, ¿ quién á no ser yo puede haberlo mandado aquí ?

— ¡ Vos, monseñor !

— Yo ó Dubois; bien sabes que éste, además de la llave de la gaveta, posee la de la bodega.

— La llave de la bodega, puede ser, dijo la señorita Julia, que se aventuró por último á soltar algunas palabras; pero la de la gaveta... lo dudo mucho.

— ¿ Oyes, Dubois ? gritó el regente.

— Monseñor, contestó el abate; según vuestra alteza habrá observado, la niña habla poco; pero cuando por casualidad lo hace es sentenciosamente, como san Juan Pico de oro.

— ¡ Y si yo he enviado aquí este vino, no podía ser más que para el duque de Orleans !

— Pero el caso es que hay dos, replicó la Souris.

- ¡ Oiga ! dijo el regente.
- El padre y el hijo, Felipe de Orleáns y Luis de Orleáns.
- ¡ Que te quemas, Souris, que te quemas !
- ¡ Cómo ! exclamó la bailarina, recostándose en el sitial y prorrumpiendo en estrepitosas carcajadas; ¡ cómo ! ¿ ese joven, ó por mejor decir, esa niña, ese teólogo, ese jansenista ?...
- Sigue.
- ¿ Á quien veía en sueños ?
- Sí.
- ¿ Aquí en este sitio ?
- En el lugar que yo ocupo ahora.
- ¿ Era monseñor Luis de Orleáns ?
- El mismo en persona.
- ¡ Ah ! monseñor, añadió la Souris, ¡ cuán poco se os parece vuestro hijo, y qué satisfecha estoy de haberme despertado !
- No me sucede á mi otro tanto, dijo Julia.
- ¡ Y bien ! ¿ no os lo decía yo, monseñor ? Julia, hija mía, continuó el abate, vales tanto oro como pesas.
- ¿ Entonces, Souris, dijo el regente, sigues pues amándome como siempre ?
- Y de tal modo, que la pasión que me domina ha llegado á degenerar en debilidad.
- ¿ Á pesar de tus sueños ?
- Sí, monseñor, y aun á veces á causa de ellos.

— Poco lisonjero es si todos tus sueños se asemejan al de esta noche.

— ¡ Ah ! no crea vuestra alteza que tengo siempre pesadillas.

Después de esta respuesta, que confirmó al regente en la opinión de que la Souris era realmente una muchacha de talento, la interrumpida cena volvió á continuar con más alegría, durando hasta las tres de la madrugada. Á esta misma hora el duque conducía á la Souris al Palacio Real en el coche de su hijo, al propio tiempo que Dubois acompañaba á Julia á su casa en el carruaje de su alteza.

Pero el regente, que difícilmente había vencido la tristeza producida por los extraordinarios acontecimientos de aquella noche, escribió una carta antes de acostarse, y llamó á su ayuda de cámara.

— Tomad, le dijo; cuidad de que esta carta sea llevada ahora mismo por un correo extraordinario, y que se entregue en manos propias.

Aquella carta iba dirigida á madama *Úrsula*, superiora de las Ursulinas de Clisson.